

**Cronistas e historiadores:
¿Antecedentes de la literatura venezolana?**

Pilar Almoina de Carrera (*)

Introducción. Planteamiento inicial.

La vinculación cronológica y espiritual entre la obra escrita por los cronistas y la literatura venezolana propiamente dicha, ha sido considerada siempre como asunto de interés para el establecimiento de la historia de la cultura, y en particular de las letras, en el país. Las preguntas relativas al caso son de esta índole: ¿puede considerarse la crónica como punto de partida de la literatura venezolana o simple y llanamente se trata de textos de orden histórico sin clara relación con la literatura y por tanto con significación particularizada adscrita a una disciplina distante de la literaria?; ¿existe algún nexo ideológico, espiritual o estético entre la crónica en alguna de sus etapas o formas y la literatura venezolana?; ¿debe comenzar una historia de la literatura nacional con un capítulo referente a la crónica, o puede éste suprimirse sin que signifique omisión importante o ausencia de un fundamento indispensable para la comprensión total? Estas cuestiones y otras conexas son resueltas, con frecuencia, por los críticos y los historiadores de nuestra literatura de una manera práctica: algunos incluyen el acostumbrado capítulo sobre la crónica y otros lo eliminan, sin discusión ni argumentación acerca de la legitimidad de una u otra actitud.

En este caso no se pretende examinar estas preguntas una a una, ni buscar la dilucidación plena de un asunto tan amplio y susceptible de ser apreciado desde diversos ángulos analíticos e interpretativos. El propósito que nos anima es más restringido y concreto: a partir de algunos cronistas escogidos por su representatividad, se tratará, en consideración directa de sus obras, aportar criterios y señalamientos que arrojen alguna luz al respecto, o al menos que permitan un acercamiento más productivo y realista al tema.

(*) Coordinadora de la Maestría de Literatura Venezolana en la Universidad Central de Venezuela hasta su fallecimiento (6-1-2000).

Nuestro intento se funda en la hipótesis de trabajo de que entre la crónica y las letras venezolanas se establece algún vínculo valedero, no tanto por vía directa como en forma más sutil y a largo plazo. Tal relación parece más probable en el plano conceptual y de conformación de un enfoque de una realidad donde hombre y naturaleza, de una parte, e indígena y extranjero, de la otra, son términos de un proceso conflictivo de conocimiento del medio y de convivencia de sus pobladores. Podría decirse que es indudable que a una base informativa como la crónica, con el valor especial que le da el respaldo del observador participante, le corresponde un importante lugar en la formación de nuestra cultura, pues es el fundamento para el auto conocimiento, justamente con referencia a un período de gestación de un ser propio, diferenciado del español de España, en un medio peculiar, y a las etapas previas al comienzo de ese proceso, todavía en tiempos de conquista y primera colonización. No es difícil suponer que esa significación cultural, e histórica en particular, implica una trascendencia al campo literario, sino en los planos directos estilísticos y estructurales, al menos en la proyección mediata de la conformación de un arquetipo mental, de una visión activa de la naturaleza del nuevo mundo, de un concepto prefijado de su poblador indígena del vínculo entre ambos, y de la relación de los dos elementos propios de estas tierras -hombre aborígen y medio natural- con los forasteros. Perspectiva, de una u otra significación, que justifica la investigación al respecto.

Para el presente estudio hemos tomado como campo básico de trabajo las obras siguientes:

Historia del descubrimiento y de la fundación de la Gobernación y Provincia de Venezuela, de Fray Pedro de Aguado; **Elegía de varones ilustres de Indias**, de Juan de Castellanos; **Relaciones históricas de Venezuela**, de Fray Pedro Simón; **Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela**, de José de Oviedo y Baños; y hemos añadido **Jornadas náuticas o Relación del descubrimiento del río Apure**, de Fray Jacinto de Carvajal, porque consideramos de interés agregar sus peculiares condiciones estilísticas, representativa de una vertiente expresiva en esencia distinta de la de los otros textos, como un punto de comparación útil a los propósitos de la indagación aquí emprendida.

Historia del descubrimiento y de la fundación Provincia de Venezuela.

Dada su condición primaria en la crónica relativa a Venezuela, Fray Pedro de Aguado adquiere especial importancia en la caracterización del género. Su **Historia del descubrimiento y de la fundación de la Gobernación y Provin-**

cia de Venezuela, por su fecha temprana (1582) y por el manejo directo de datos, representa un modelo de efectiva trascendencia, tanto en el esquema procedimental como en lo relativo a postura narrativa y enfoque crítico. Bastaría, para ilustrar esta proyección, con citar otra destacada producción derivada de ella: la escrita por Fray Pedro Simón.

En cuanto al propósito determinante en su labor de cronista, para Aguado no hay duda posible, y así lo precisa en su “Prólogo al lector”:

“No deben ser olvidados por silencio los hechos y obras tan heroicas de nuestros naturales españoles, en especial aquellos que para honra y gloria de Dios sean hechos, y como quiera que por la mayor parte sean los hombres de flaca y frágil memoria, provee nuestro Dios con su grande sabiduría, a mover los corazones de algunos para que escribiendo las tales obras y haciendo libros e historias, sean por esta manera reducidos a la memoria...”.

A este llano y preciso objetivo dirige Aguado su esfuerzo, sin pretensiones literarias ni preocupación por cuestiones de estilo o siquiera del buen decir. Su ánimo atiende a otras cosas, que considera de tanta importancia que de ellas hace su obligación, como son tratar y escribir acerca de “los muchos trabajos, hambres y muertes que nuestros españoles pasaron en los descubrimientos de parte del nuevo mundo de Indias”. Empresa donde los españoles mostraron tan “invencibles esfuerzos” que justifican que un fraile franciscano deje de lado historias más espirituales para dedicarse a éstas, que a algunos podrán parecer no muy acordes con su estado y profesión. Finalmente Aguado reafirma el convencimiento que tiene acerca del valor y la trascendencia de su tarea de cronista;

“...quedaré escusado si con corazones sinceros y desapasionados se mira, pues esto lo había de hacer alguno y en ello había mucho descuido, a cuya causa quedara muy presto en oscuridad de olvido, y fuera casi imposible a verse la claridad tan verdadera como en este tiempo yo he habido con tanto trabajo cuanto por lo que en la historia contenido podrá ser visto y conocido”.

Consecuente con el espíritu expresado en el prólogo de su extensa relación, Aguado desarrolla una sucesión de hechos, personajes, situaciones y consideraciones éticas y religiosas, con una guía predominante: narrar con claridad para que todo ingrese debidamente al caudal percedero de la Historia. No se evidencian propósitos literarios propiamente dichos, como sí ocurre con otros cronistas. Tal vez el único elemento de ostensible significación creadora en este conjunto es el espíritu épico que anima la visión del español en Aguado.

En efecto, no importa tanto el indio como el forastero, y con respecto a éste se teje y determina la historia, con clara conciencia de que se trata de asuntos propios de una épica de trascendencia universal. Y es sin duda, ese elevado concepto de Aguado del español y del papel histórico que le corresponde, lo que lo lleva a censurar con acritud las actuaciones de los conquistadores y los primeros pobladores que iban en contra del sentido del honor y de la equidad correspondientes a una práctica tenida por tradición hispánica, aun más necesaria y exigible en el nivel de proyección histórica donde se desarrollaban los hechos reseñados.

Dentro de las ya dichas condiciones de llaneza y claridad propias de Aguado, no escasean momentos de efectividad narrativa, tal vez más por la fuerza y el atractivo de los hechos que por recursos de estilo. Podrían citarse al respecto; la historia de Francisco Martín, quien se niega a volver con los españoles; la del marinero que cae al agua y sin saber nadar se salva al invocar el nombre de la Virgen -asunto semejante, por cierto, al de un antiguo romance-; la de Martín Tinajero, el bienaventurado; la del rebelde Negro Miguel; la de la muerte, por el propio Lope de Aguirre, de su hija, y la del final de aquél; la del flamenco y su mujer, agraviados y furibundos en su venganza, episodio que constituye un buen ejemplo de ágil narración en la pluma franciscana de este ministro provincial de la provincia de Santa Fe:

“Estos salieron enojados y agraviados de Puertorrico porque entre el vulgo se había dicho que no eran casados, sino amancebados, y tomando por muy gran injuria esta vulgar opinión, se iban a Santo Domingo, para de allí irse a España a quejar al Emperador; y como los españoles que en la carabela iban saltasen en tierra en la isla llamada la Mona, para allí recrear sus personas y echasen todos sus esclavos en tierra para el mismo efecto, este Luis Mingobal determinó hacer un abominable hecho para en venganza de su injuria, y fue que como los españoles empezasen a recogerse con sus esclavos al navío, a la segunda barcada, tomando las armas en las manos este furioso flamenco y los demás de su nación que con él estaban, que eran bien pocos, quitaron el vatel a los marineros y comenzando a herir en ellos los mataron a todos, y los demás españoles y españolas que en el navío había sin dejar viva criatura, ni negro alguno, ni perro ni gato, ni cosa viva que los españoles allí llevasen...” (t. I, p. 490-91).

Usa Aguado raramente y sin soltura del lenguaje popular, terreno que le hubiera sido propicio como fuente expresiva sugerente; perspectiva que sabrá aprovechar mejor el segundo Pedro franciscano, como veremos más adelante. “No siguiendo la vanidad ni dejando lo cierto por lo dudoso, como el vulgar refrán dice”, señala en un pasaje, recurriendo en forma excepcional a la sabiduría con-

tundente del refrán, pero de modo tan poco natural que cree necesario precisar su índole vulgar, en forma más parecida a una excusa que a un fundamento.

Con mayor propiedad que en aspectos del lenguaje o del estilo literario, es en la actitud de narrador histórico directo que persigue la veracidad, donde se debe buscar la caracterización de Aguado. Como se ha apuntado, parte su postura del convencimiento de que se halla ante una extraordinaria gesta hispánica, marcada por el batallar heroico ante el medio, los nativos y en buena proporción ante los propios compañeros de empresa, entre penalidades, carencias y rivalidades. Pero su visión épica no le impide el tono directo que precisa y convence; de forma que puede decirse que a su forma expresiva va - el estilo sin estilo- debe Aguado su efecto convincente en el lector. Una muestra del realismo y hasta del color narrativo de Aguado podemos encontrarla en este significativo pasaje, a propósito del Obispo de Santa Marta, don Juan de Calatayud, quien decía a los españoles acerca de los indios pacíficos:

“...dejadlos, no les hagáis mal, que son ovejitas de Dios”, procurando por todas vías que no recibiesen ningún desabrimiento de los españoles.

Donde a poco tiempo los propios indios volvieron la hoja y vinieron con mano armada a dar gracias al Obispo por el beneficio que les había hecho, y comenzaron a disparar a los españoles la flechería que traían, y a herirlos y maltratarlos, y entre los que al principio hirieron los indios fue al Obispo, el cual, viéndose de aquella suerte, comenzó a animar a los españoles, diciendo: “...a ellos, hermanos, a ellos, que estos no son ovejas de Dios, sino lobos de Satanás”.

A fin de cuentas, Aguado logra su objetivo como cronista impulsado no sólo por su declarado deseo de registrar hechos para la Historia, sino por algo más, igualmente importante: ofrecer una visión del medio donde se dan los acontecimientos y una versión de éstos que convenza y configure un enfoque válido hasta el punto de mover decisiones políticas y pautas morales. Es la base de un modo de ver tierras, gentes y cosas que perdurará, con variantes y añadidas naturales:

- a) se trata de un medio hostil, poblado de peligros y asechanzas: tigres que destrozan ferozmente, lluvias que hacen perderse en la sabana a quienes se aventuran en ella, enfermedades de estas tierras malsanas, tremedales y manglares que se tragan a las personas;
- b) es, igualmente, una tierra llena de riquezas vegetales y minerales, que hasta posee el legendario El Dorado, meta de la voracidad insaciable de oro que llevó a tantos a padecimientos y a la muerte;

- c) los indios, como decía el Obispo don Juan de Calatayud son “ovejitas de Dios” en la paz y “lobos de Satanás” en momentos de guerra, que eran los más frecuentes;
- d) los españoles representan no sólo el afán valeroso de la aventura, sino el esfuerzo heroico de hombres destinados por la historia a la realización de una empresa que habría de conmover al mundo;
- e) entre los españoles las luchas vienen de las rivalidades personales, por motivos económicos, sociales y políticos desatados por efectos del medio y de la labor de conquista y colonización que realizan;
- f) casi todos los males suscitados por los españoles entre ellos mismos provienen de la violación de las leyes y de la falta de adoctrinamiento religioso, situación que no sólo se daba con relación a los repartimientos correspondientes, sino también en sus propias casas, puertas adentro.

Elegías de varones ilustres de India

El andaluz Juan de Castellanos, nacido en 1522, viene a Indias todavía niño o adolescente, sigue una azarosa vida de soldado y hacia los cuarenta años aparece como cura, beneficiado de la parroquia de Tunja; asentamiento físico, sino espiritual, que aprovechará para escribir (desde alrededor de 1570) el más largo “poema” conocido en lengua castellana, o más exactamente una crónica en verso descomunal en su tamaño: **Elegías de varones ilustres de Indias** (1589). El interés de esta obra para la historiografía nacional es obvia: se relaciona en gran parte con la conquista y población de Venezuela, da muestras de abundante y precisa información, y aparece todavía en el siglo XVI.

Desde la perspectiva literaria que nos orienta en este caso, podría pensarse que la obra de Castellanos constituye un claro exponente válido en nuestra indagación de antecedentes de la literatura venezolana, ya que es un cuerpo sólido de unos ciento cincuenta mil versos, sumando los endecasílabos, los de arte menor y los latinos. De otra parte, han sido ampliamente demostradas, si es que no resultan evidentes en sus **Elegías**, la cultura de Castellanos y su gusto y respeto por la poesía. Pero dejando de lado si se trata o no de un texto en prosa trasladado a verso para emular a Alonso de Ercilla, y más allá de la clara conciencia de que **verso** no es sinónimo de **poesía**, lo que en esta oportunidad nos interesa es destacar lo venezolano, o más propiamente lo criollo, en Castellanos y su visión del Nuevo Mundo, como elementos susceptibles de **ser percibidos**, mucho tiempo después, en escritores verdaderamente venezo-

lanos. Todo ello dentro de la hipótesis de trabajo establecida en la introducción del presente estudio.

Y la Consideración anterior deriva de la siguiente: mucho puede discutirse acerca de si Castellanos fue más propiamente un versificador que un poeta, y sobre su eclecticismo en materia literaria, que lo lleva a incorporar por igual la copla popular y el rebuscamiento barroco, la ingenuidad de Berceo y la elegancia de Garcilaso, todo sobre el gran basamento de la antigüedad clásica; pero, a fin de cuentas, lo que importa es que Castellanos se siente poeta y actúa como tal. Si su acto es fallido, si el resultado no es un poema sino una crónica, es asunto que se sale de los límites de este trabajo. En cambio, es evidente la actitud conscientemente humilde, típica del creador en la época, que adopta Castellanos:

Y si para mis versos ser polidos
faltaran las debidas proporciones,
querría yo que semejante falta
supliera la materia, pues es alta.

(I-I-I)

Si nos encontramos ante un proceso de recreación del pasado, esencialmente a partir de los propios recuerdos, y si advertimos en las **Elegías** impulsos de libre sugerencia poética, es fácil concluir que se trata de una obra de alguna significación literaria, ya sea muy modesta o de mayores proporciones de lo que la crítica repetida ha considerado. Pero, de otra parte, resulta innegable el hecho que el gran valor de este texto es de orden histórico, y como tal es una importante fuente para el contacto con aspectos de la conquista de Venezuela, tema que cubre desde la Elegía IX hasta la XIV de la Primera Parte y casi toda la Segunda Parte.

En tanto crónica, las **Elegías** narran, y a veces con gran dinamismo:

Y el alférez Joan Díaz el caballo
le huye sin que pueda subyentallo.
Por volver el caballo desbocado,
cayóse de la mano la bandera;
más aquel vejezuelo corcobado
tan presto le cobró como si fuera
un muchacho robusto y alentado
y encima de su yegua bien ligera
rompió por los caribes de tal suerte,
que doce por su mano ven la muerte.

(III. B. de Lugo)

Pero sobre todo atrae la introducción de elementos del Nuevo Mundo, en forma más integrada, más asimilada, que en otros cronistas; circunstancia en la cual tiene importancia decisiva el prolongado contacto de Castellanos con las nuevas tierras. No es un “indiano” cualquiera, es un incorporado a las Indias desde su adolescencia, una especie de nacionalizado americano (y venezolano), que usa las nuevas palabras como cosa propia:

Pero mira no caigas en chinchorro
do te ahorres de orejas y narices
(IV-XVIII)

Y en totuma de oro bien labrada
(I-III-I)

Así, surge, reposadamente, la naturaleza de las “Indias doradas”, en pródiga suma de ingredientes: las plantas, los frutos, las aves y los peces, y la representación humana de una realidad y de una idealización: el indio. La totalidad es un cuadro de bellos tintes y tentadoras grandiosidades:

Hay infinitas islas y abundancia
de lagos dulces, campos espaciosos,
sierras de prolijísima distancia,
montes escelsos, bosques tenebrosos,
tierras para labrar de gran sustancia,
verdes florestas, prados deleitosos,
de cristalinas aguas dulces fuentes,
diversidad de frutos escelentes.

En riquezas se ven gentes pujantes,
grandes reinos, provincias generosas,
auríferos veneros...
(I-I-I)

Pero hubiera pecado de ingenuo Castellanos de haberse quedado sólo en la imagen positiva del Nuevo Mundo, y sobre todo habría restado heroísmo y denuedo al esfuerzo de los conquistadores. Así que también sabe ofrecer la otra cara de tierras y gentes, importante aspecto de una imagen que acabará por estereotiparse:

Quien por zavanas escombradas iba,
en lo llano hallaba trompezones

una pequeña paja lo derriba,
aire flaco le da mil espellones,
ya la lumbre del sol les es nociva

...todos andaban como locos.

(II-I-III)

Morenos, altos, buena compostura,
sujetos a ningún modo de leyes,
sin labranza, crianza ni cultura...

Son estos guamonteyes tan insanos
y toda su vivienda tan sin maña...

(I-IX-II)

La vida de los colonizadores aparece con todas sus dificultades y durezas, entre las decepciones de los incautos de reciente arribo y el esfuerzo sostenido de los viejos pobladores; todo con ánimo de promover medidas prácticas de orden político y administrativo que produzcan mejoras evidentes y saludables. Hay pues, un interés concreto de lograr soluciones, que no es menos importante que el otro, básico, ya implícito en el título de las *Elegías*: exaltar los méritos y las acciones de ilustres varones en las indias.

En suma, Juan de Castellanos, más que un antecedente de la literatura venezolana propiamente dicha -todavía a mucha distancia del siglo XVI-, representa, pocos años después de Aguado, un paso reafirmativo en el camino que conduce a una visión de la naturaleza y del habitante indígena de las nuevas tierras, así como de la acción de los conquistadores:

- a) es el caso de una naturaleza que se ofrece exuberante a los ojos del forastero, llena de dulzuras, pródiga en riquezas vegetales y minerales, a la espera de quien pretenda sus favores.
- b) esa misma naturaleza, al reclamo de elementos, puede ser áspera, hostil, mortífera; como en una segunda realidad oculta tras la faz amable de primera instancia.
- c) el indio es bárbaro, sin ley ni cultura, salvaje y aguerrido para enfrentar al forastero y hacer más meritorio el triunfo de éste. (Aunque en Castellanos se advierten ya por momentos, muestras de una idealización del indio que habrá de traslucirse, mucho tiempo después, en páginas de la literatura romántica).

- d) los “varones ilustres”, es decir los españoles, los capitanes de la nueva y grandiosa empresa de conquista y colonización, gozan de todos los derechos necesarios para el cumplimiento de su tarea, enaltecida por el esfuerzo guerrero y el respaldo de la religión.

Noticias históricas de Venezuela

Fray Pedro Simón, nacido en 1565, publica sus **Noticias históricas de Venezuela** en 1627. Esta voluminosa crónica, fundada en la de Aguado, tiene definida personalidad desde el punto de vista expresivo y estructural. Si bien es visible el antecedente de Aguado en cuanto al predominio de una prosa esencialmente llana y directa, muy narrativa y hasta coloquial, no pocas veces evidenciadora de ingenuidades conceptuales, en Simón esta condición se corresponde con una declarada conciencia de que realiza una actividad de proyección literaria. De igual modo la naturaleza visiblemente narrativa de la obra de Aguado se conserva en la de Simón, pero ahora con carácter más moderno y dinámico, a veces de sabrosa efectividad. No en vano ha pasado el tiempo y soplan nuevos aires en el gusto expresivo.

Si consideramos inicialmente el prólogo, respetando el orden que sigue el lector al tomar contacto con el libro, nos encontraremos con una intencionalidad manifiesta que sitúa a Simón dentro de una vertiente de aspiraciones literarias propia de algunos cronistas. Y difícilmente se da mejor y más explícito ejemplo al respecto que el de este fraile franciscano:

“Pues es cosa cierta /y/ ha de ser así, aunque yo pretenda otra cosa, porque en lo que unos viven otros mueren, y la mitad del mundo se anda riendo de la otra mitad; de donde sucederá que si tú te rieres de algo de mi obra, si es en secreto, no me ofendes, porque debajo de mi manto al Rey mato, y si en público otro se reirá de ti, gustando de lo que tú aborreces. Conque quedaremos en paz, pues sólo por contradecirte a ti tendré mil que me defiendan”.

Pero no se limita Simón a prevenir críticas, dando clara muestra de conciencia sobre los valores de su obra, en lenguaje que por cierto revela soltura suficiente como para incorporar giros coloquiales y hasta refranes; sino que además incluye, en el mismo prólogo, un fragmento acerca del estilo que no deja lugar a dudas sobre sus pretensiones literarias y su posición crítica frente a tendencias de la época que considera excesivas en el rebuscamiento, revelando un verdadero desideratum en materia expresiva: un “estilo claro y casto, guardando el rostro al tiempo en que me hallo”. El pasaje es por demás revelador:

“Porque el asiento de las cosas de este mundo es no tenerle; y así, procurando no levantar el estilo tan sobre las nubes, que sea menester baje de ellas quien lo entienda, por ser esto más querer atormentar con la historia que dar gusto, como lo hacen muchos de estos nuestros modernos tiempos, verdugos de nuestra lengua castellana; ni que vaya tan humilde que sea despreciable y asquerosa, sólo he procurado estilo claro y casto, guardando el rostro al tiempo en que me hallo, y no al que está por venir, pues no sabemos cuál será, por ser verdad infalible que nadie conoció a mañana”.

De este modo sugerente, con clara actitud de escritor, dando muestras de conciencia crítica ante el uso literario de la lengua en su tiempo, y hasta con gracia irónica, da entrada Fray Pedro Simón a sus noticias historiales. Vemos ahora un poco si esto se cumple a lo largo de su extenso texto.

Si algo caracteriza estructuralmente a las **Noticias historiales** es su esencia narrativa. El propósito de contar, propio de toda crónica, adquiere en este caso sentido de elemento sustentador de un estilo vivaz y ameno que conduce al lector como si se encontrara ante un libro de relatos de literatura llana. El tono general de Simón podría calificarse de realista, buscando más convencer que sorprender; todo desenvuelto en un plano expresivo en general directo, sencillo, pero con frecuentes notas de gran vivacidad. Logra la narración dinámica e interesante. Valga un ejemplo, de los muchos que podrían citarse:

“Y así /.../ no curó /Sedeño/ de tratar más de ello, sino de poner mayor guarda en el Alonso de Herrera, con miedos no se le soltase de la prisión, aunque le tenía con grillos y diez hombres de guarda, con que le pareció lo tenía seguro. Pero el Herrera, viendo lo que le importaba su buena diligencia, la tuvo aquella noche para soltarse, usando de traza con los guardas, que fue entretenerlos, chacoteándose con ellos y contando cuentos, a fin de desvelarlos en el primer cuarto, para que entrando más la noche, vencidos del sueño, quedasen todos dormidos y él tuviese lugar de quitarse las prisiones y salir de la cárcel, como le sucedió. Pues pasada la mitad de la noche, que gastaron en lo dicho, quedaron todos tan dormidos, que tuvo lugar el Herrera de descalzarse los grillos, y poniendo unos pedazos de madero en la hamaca a donde dormía, porque si la meneasen a oscuras (como estaban todos) la hallasen pesada y creyesen que era él el que estaba en ella, y tomando una ballesta de los que lo guardaban, se salió de la cárcel y fue al mar y entró en el bergantín que estaba a pique para recibirlo”. (T. I, p. 213-14)

Igualmente, fiel a las declaraciones contenidas en el prólogo, Simón mantiene condiciones semejantes en las descripciones -en numerosos casos mez-

cladas con situaciones narrativas- y hasta en sus acostumbradas reflexiones morales e históricas. Pero quizás donde demuestra particular soltura y sentido de funcionalidad es en la incorporación de expresiones coloquiales, dichos y refranes, algunos muy conocidos y de hondo sabor popular. Regocija al lector topar de pronto con formas del habla tradicional, como: “Allí comenzaron luego los sentimientos de unos y otros por hallar ya la ocasión calva y no haberla asido cuando pudieron por el copete”; “al enemigo se le ha de hacer la puente de plata”; “volvióseles el alma al cuerpo”; “no hay atajo sin trabajo”; “por haber sucedido a mar bonanza, como dicen, y viento en popa”; “fingió el Alonso de Aguilar (que andaba como gato sobre brasas)”.

Esta llaneza en el estilo sirve a Simón de vehículo para transmitir lo que más le interesa: una versión de hechos de la conquista y una visión de la nueva naturaleza y sus pobladores. Tratándose de una crónica es lógico que así sea; de allí que las pretensiones literarias del fraile franciscano y sus aciertos en el manejo de la agilidad narrativa, vayan a un segundo lugar ante la importancia de los contenidos, tanto en el plano informativo como en el conceptual. Terreno donde vemos elementos precisos, que se suman a los suministrados por cronistas anteriores, para la configuración de enfoques y modos de ver la naturaleza y el indio americano que habrán de tener larga vida y aflorar en nuestras letras. Esta especie de contacto ideológico de la crónica con la futura y todavía lejana literatura venezolana, se afianzará a través de las interpretaciones y teorías de historiadores y escritores nacionales, surgiendo después en las obras literarias como supuestos conocidos y hechos aceptados. Pero la base fue la crónica y así queremos destacarla.

Puntualicemos algunos aspectos de dicha visión:

- a) imagen negativa del indio, con derivaciones paternalistas; en última instancia dirigida a justificar o atenuar los desmanes cometidos contra ellos;
- b) enfrentamiento hombre-forastero-naturaleza, donde la hostilidad de ésta puede llegar a disiparse por medio de la armonía o integración, o por la lucha que conduzca al forastero al triunfo y le permita encontrar detrás de la oposición, una naturaleza acechante, pero hermosa y seductora;
- c) calificaciones particularizadas como parte de una pintura “característica” del indio: bárbaro, haragán, lujurioso, borracho, idólatra;
- d) influencia negativa del medio, ya que por sus facilidades en cuanto al clima y la obtención de frutos, hace propender a la holgazanería;
- e) superioridad manifiesta del blanco sobre el indio en todos los órdenes.

Relación del descubrimiento del río Apure

Las jornadas náuticas del capitán Miguel de Ochogavia impulsaron a Fray Jacinto de Carvajal, de la orden de los Predicadores, a escribir su **Relación del descubrimiento del río Apure** (1648). El manuscrito permaneció olvidado hasta 1892, cuando se hizo su primera edición. Esta condición peculiar, de texto de publicación tardía, descartaría para la **Relación** cualquier posible significación en el proceso de gestación de la literatura venezolana. Pero la incluimos en este trabajo por razones distintas y muy precisas: es muestra de un estilo literariamente muy definido, revelando su presencia en estas tierras, y constituye un ejemplo singular en lo expresivo dentro del conjunto de obras seleccionadas.

Carvajal dice en la portada de su libro que escribe en “frase humilde y extremo estilo”; pero en realidad lo que nos ofrece es una pletórica muestra de los modos barrocos, y más propiamente culteranos, del escribir, en toda su profusión de ingredientes clásicos, destellos metafóricos, rebuscamientos sintácticos y rodeos conceptuales. Los ejemplos al respecto son muy numerosos y variados:

“Anunciando el lucimiento y hermosura de los fébeos rayos y hebras de oro del padre de la diurna antorcha que continua alegría y regocija a los vivientes, madrugó cuidadosamente el alba, tan bizarra y linda como lo insinuó su gala, miércoles y veinte y siete del que va corriendo y año dicho, reducida a una muy alegre primavera, porque a imitación de la cazadora Diana, si diosa de los montes, bizarreo su gentileza con vaquerillo de lama azul y rozagante, sembrado de encarnadas flores, indicativas de los arreboles suyos, con pintas de matices blancos, prendido con alamares de escarchado oro...” (jornada 21)

Aunque a veces, junto al enrevesamiento y las estereotipadas imágenes doradas, se deja sentir la visión efectiva de la naturaleza amable y el enfoque apacible de la actitud del indio:

“Dimos fin a la jornada nuestra a la media noche de aquel mimo día, y encomendándonos lo restante de ella en los brazos del sueño, nos lo ahuyentaron al reír del alba alternados coros de dulces voces que, siendo alegres pajarillos los dueños de ellas, lo fueron también de las suspensiones de todos, causándonos agrados lo suave de sus contra puntos y lo regalado de sus gorjeos, hasta que saliendo Febo por las puertas de su oriente con su bohemio de grana, guarnecido con franjones de escarchado oro-, nos motivó a mí a que dijese misa, que me encomendó dijese el señor Gobernador en hacimiento de gracias por la venida de los guamonteyes indios en busca de paz...”

Dejando de lado múltiples ejemplos de estilo todavía más rebuscado -con frecuencia ineficaz en su amanerado empeño reluciente- y de alambicadas fórmulas para dirigirse al rey y a su acatable dignidad, interesa en Carvajal su perspectiva de enfoque del Nuevo Mundo. Es el caso, como Castellanos y en parte Simón, del cronista con pretensiones literarias no sólo evidentes sino confesas. Ostentación perceptible tanto en el “engalanamiento” estilístico, como en la falsa modestia con que califica de “humilde” su frase y en las décimas y los sonetos que adornan la entrada del texto y que atestiguan las veleidades poéticas de Carvajal. Pero, al final acaba por imponerse el espíritu del cronista: sobresalen los hechos, los territorios y las gentes que pueblan lo historiado.

Carvajal reafirma algunos aspectos de la visión de la naturaleza, del indio y del español que viene estructurándose:

- a) el medio natural es tan pródigo y “tan a mano” se halla el sustento, “que los vaquianos de aquellos parajes, montañas y llanos no necesitan más comidas ni matalotajes que de llevar consigo un hacha o machete y un guaral con su anzuelo y un perro por pequeño que sea, para abundar de carne de monte, pescado, leche, miel, frutas las de su agrado, sirviéndole de pan el cazabe”...
- b) esa misma naturaleza puede ser el equivalente del hambre y de la enfermedad hasta producir la muerte, o del riesgo de perderse para siempre en sus sabanas interminables o sus bosques exuberantes;
- c) los indios surgen (con más decisión y realismo que en Castellanos) como seres humanos dotados de posibilidades hacia las virtudes y los atributos beneficiosos, de lo cual es un claro ejemplo la colorida pintura del cacique Tavacare; pero esos mismos indios se tornan fieros y agresivos en la lucha, cuando no llega su barbarie hasta el canibalismo: “a fuer de insaciables como feroces tigres andan salteando indios para comérselos qual si fuesen terneras o venados, por ser el ordinario sustento y más sabroso plato para esta cruel como voraz gente la humana carne y llámense aquestos indios payures...”
- d) el valor de los españoles en la lucha sólo se compara con su atrevimiento en la exploración de tierras ignotas (como en el caso del río Apure) y con su estoicismo en soportar penurias y los embates del peor enemigo: el hambre;
- e) si algo echa de menos en lo espiritual entre españoles es la falta de un mayor sometimiento a las normas religiosas y la carencia de suficientes sacerdotes.

Además de los rasgos señalados, hay dos aspectos novedosos en la visión de Carvajal respecto a los habitantes de la región. De un lado está el cuidado que revela en reproducir costumbres y usos de los indios, no ya en actitud crítica o temerosa, sino francamente descriptiva, de interés etnológico (la arrogancia y valentía de los caribes y su condena de la muerte artera; las funciones y ceremonias de los piaches; el curioso y sorprendente dato de la existencia de loza vidriada entre los caribes). Y el otro gran tema, muy destacado en la **Relación**, sin duda por la presencia central en ella del capitán Miguel de Ochogavia, natural de Barinas, es la importancia participante concedida al criollo, diferenciándolo ya del español, en franca exaltación de sus condiciones de prudencia y gallardía.

Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela

El caso de José de Oviedo y Baños, con su **Historia de la conquista y población en Venezuela** (1723), encierra particular interés desde diversos puntos de vista, en cuanto a su vínculo con la literatura venezolana. En primer lugar, se trata de la obra de un bogotano, limeño y después caraqueño, es decir de un hombre de estas tierras, avencindado en Caracas, y de cuyo amor por dicha ciudad quedan diversos testimonios, si no fuesen suficientes los términos amables y cariñosos con que habla de ella en su propia **Historia**. De otra parte, es ya un producto del siglo XVIII. Justamente la época que para algunos tratadistas representa el comienzo de una verdadera cultura nacional; si bien no propiamente de una literatura venezolana, sí de sus fermentos, junto al desarrollo de otros dominios del pensamiento y del arte, como el humanismo y la música. Finalmente, y es quizás lo de mayor importancia, Oviedo y Baños no sólo *historia*, sino que *escribe*, en la acepción literaria del término. Bastaría con reproducir su conocida descripción de Caracas para ilustrar esta aseveración:

“...su temperamento es tan del cielo que sin competencia es el mejor de cuantos tiene la América, pues además de ser muy saludable, parece que lo escogió la primavera para su habitación continua, pues en igual templanza todo el año, ni el frío molesta ni el calor enfada, ni los bochornos del estío fatigan, ni los rigores del invierno afligen”.

Es indudable que nos hallamos ahora a gran distancia de la simplicidad de Aguado y del abigarramiento de Carvajal. En todo caso, Oviedo y Baños es barroco a su manera, dentro de la medida y el tino de quien se cuida tanto de lo que dice como de la forma de decirlo. Su aspiración es “sacar de la cisterna del olvido” cosas de un pasado que ya comienza a ser remoto y para ello se basará

en la obra de Fray Pedro Simón. Pero por igual quiere *escribir* y en una forma determinada: “El estilo he procurado salga arreglado a lo corriente, sin que llegue a rozarse en lo afectado”. Ya el barroco exaltado no le satisface, aunque siga cultivándose; y en tal sentido es notable la diferencia de tono entre los poemas de sus amigos, al comienzo del libro, y su prosa elegante dentro de la sobriedad. Podría decirse que es la temperatura expresiva del siglo XVIII venezolano, siglo de luces y de refinamiento, pero también de trabajo y de práctico enfrentamiento de una realidad económica y social que exigía tesón y austeridad.

Cuando decimos que Oviedo y Baños actúa como escritor, nos referimos al cuidado de su estilo en general y a la soltura expresiva y medida de la frase de que hace gala cada vez que el asunto o la situación le parecen propicias. Así, al hablar del ganado caballar de la Provincia:

“...y mulas cuantas bastan para el trajín de toda la Provincia, sin mendigar socorro en las extrañas”.

y de una nave de la catedral de Caracas:

“...descansan en ella las cenizas de tan venerable Prelado, donde su estatua, hincada de rodillas al lado del Evangelio, mantiene la memoria de su piadoso celo: su fábrica de bóveda, con todas las galas que permite el arte...”

En lo tocante a la agilidad narrativa alcanzada por Oviedo, es tan ostensible, que el crítico Julio Planchart encuentra en la *Historia*, a la que considera “el primer libro nativo”, pasajes de clara condición novelesca, iniciales insinuaciones del género en Venezuela, como el relativo a la aventura de Garci-González, su cuñado Francisco Infante y dos españoles más, entre los indios quiriquirees (capítulos XII y XIII), y el que trata de Martín Tinajero.

Pero no sólo ha pasado el tiempo en cuanto a evolución literaria se refiere, también ha transcurrido significativamente con relación al enfoque de un pasado histórico cada vez más alejado de la nueva realidad. Ya no soplan vientos heroicos de conquistas y acciones guerreras agigantadas por la admiración y el señuelo de grandes riquezas. Ahora interesan la producción agrícola, la minería, el comercio. A las dos épocas dirige Oviedo y Baños su proyecto histórico, rico, pero no llegará hasta el año de 1600, ya que la segunda parte de su obra o no fue escrita o se perdió.

Este nuevo estado de cosas marca definitivamente la visión que se desprende de la *Historia*. A pesar de fundarse en la de Simón, todavía inflamada de

espíritu heroico, la obra del caraqueño es de ánimo menos explosivo y por ende de mayor realismo. Igualmente se percibe, y ello es lógico, el amor a la tierra, que es la suya, junto al orgullo del origen hispánico, que bien cerca está para él. Esta actitud es ya la del criollo de la época, en una dualidad dinámica que se acrecentará con el desarrollo del mestizaje.

El viejo esquema de la fertilidad y capacidad pródiga de las tierras del Nuevo Mundo pervive aún en Oviedo y Baños, aunque ahora con el sentido crítico natural de quien tiene conciencia de los problemas de la Provincia:

“Si a su fertilidad acompañara la aplicación de sus moradores, y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la más abastecida y rica que tuviera la América”.

Igualmente se advierten en la obra muestras del resentimiento de los criollos ante los gobernantes españoles, fermento de rebeldía que habrá de esperar el momento adecuado para su explosión. Es un historiador de formación erudita, que se pretende afincado en fuentes fidedignas y está dotado de honda capacidad observadora; de allí que su apego a la realidad constituya el eje de su tarea y en ello sea consecuente.

Todas estas características de la *Historia de Oviedo y Baños*: estilo sugere y mesurado, selección de fuentes, apego a la tierra propia, búsqueda de realismo; se suman a una circunstancia muy importante para conceder a esta obra especial significación dentro de los objetivos de nuestro estudio: aparecida en 1723, en Madrid, llegó meses después a Caracas y se procedió a su difusión. Es decir que se trató de un libro original y atractivo por su estilo y su tema, muy conocido y apreciado por letrados y todo hombre de pluma. Condiciones particulares que no hacen aventurado pensar en la posible influencia de sus páginas -que hasta muestran cómo pintar a Caracas- en inmediatos y en más distantes escritores.

La *Historia de Oviedo y Baños* es una reafirmación más de la tradicional imagen de la nueva tierra pródiga diga y mortífera a la vez, del indio apacible que sabe ser feroz y del español heroico, aunque ya en tono menor. Pero por sobre todo, a través de su estilo y de su actitud ante las cosas de estas tierras y de estas gentes -que son las tierras y las gentes del propio autor- es un paso hacia las expresiones iniciales de una literatura que ya reclama su advenimiento histórico.

Señalamientos finales

1. Literariamente la crónica repite modelos españoles.
2. Lo que puede haber de *literario* en la crónica es ocasional y disperso y no da cohesión de obra literaria a los libros representativos.
3. Algunos cronistas tienen conciencia de que realizan una actividad de proyección literaria, o al menos expresan tal pretensión. (Tenuemente en Simón, con mayor decisión en Castellanos y Carvajal, con particular naturalidad en Oviedo y Baños).
4. La voluntad de “ennoblecimiento” expresivo es patente en especial en ciertos autores: Castellanos, a través del verso; Carvajal, con recursos del enrevesamiento barroco. Mientras en otros se da el declarado propósito de alejarse del rebuscamiento que confunde: Simón, Oviedo y Baños.
5. Los pasajes o momentos “literarios” patentes en las obras estudiadas no se vinculan con un desarrollo literario inmediato; ni siquiera en el caso de mayores repercusiones por sus condiciones singulares de estilo y de cercanía en el tiempo y en el espacio, como es el de Oviedo y Baños. Así, no puede considerarse que estos textos históricos se relacionen de modo directo con el origen de una literatura nacional propiamente dicha. En todo caso, quedaría por demostrar el papel relativo y mediato que ha podido corresponder al respecto a la **Historia** de Oviedo y Baños.
6. En todos los libros considerados (Aguado, Castellanos, Simón, Carvajal, Oviedo y Baños) se hace patente la gestación y el afianzamiento de arquetipos culturales:
 - a) *Enfrentamiento hombre-naturaleza*. Oposición de características complejas en cuya dinámica caben posibilidades como las siguientes: el hombre se enfrenta a una naturaleza que le es hostil, pero puede armonizarse con ella, dado que es hermosa, fértil y seductora; el forastero debe vencer la resistencia que le hacen la naturaleza y sus pobladores, para triunfar y descubrir que detrás de esta oposición se encuentra un mundo maravilloso caracterizado por parejas de contrarios: atracción-rechazo, riquezas-penurias, armonía-amenazas, vida-muerte; el forastero se integra a la naturaleza asumiendo costumbres y usos de los indígenas.
 - b) *Visión del indio*. 1) Caracterización central y elemental: los indios son bárbaros habitantes de hermosas tierras que deben ser dominados y civilizados (tanto ellos como sus tierras). 2) Aspectos particularizados de

gran interés en tanto partes de una pintura del indio que llega hasta nuestros días: viciosos, bárbaros, traidores, haraganes, lujuriosos, parcos en el comer (como elemento más de rareza) borrachos, indecentes (por su desnudez), idólatras (no cristianos). 3) Excepcional señalamiento de la fiereza y valentía del indio en el combate. Visión interesada para hacer resaltar las cualidades guerreras del español al vencer a tal indio y no a uno débil y sometido.

- c) *La gesta de los héroes españoles*. 1) Propósito de narrar acciones heroicas donde sobresalen los capitanes y señores próximos al cronista (Castellanos, Carvajal); o en un sentido general relativas al español, como conquistador y colonizador, a quien está reservada la realización de una empresa que habría de conmover al mundo. Tarea enaltecida por los esfuerzos para combatir a los fieros opositores indígenas, las privaciones y las intrigas, los riesgos del hambre y las asechanzas del medio. 2) Justificación de las situaciones extremas y de los excesos cometidos por los conquistadores, con el único freno de los principios religiosos (claramente en Simón) y de la contención proveniente de la prudencia de algún idealizado capitán (ejemplo de Carvajal).

7. Las obras estudiadas son susceptibles de poseer una importante vinculación con la literatura venezolana, pero no en la condición de antecedentes estilísticos o creativos en el sentido estético, ni tampoco a través de un nexo inmediato. Esta relación se daría por la condición de la crónica de precursora en la visión de la naturaleza americana y del enfrentamiento de ésta con el hombre, constatable en la literatura, y sobre todo en la novela venezolana (extensible a la hispanoamericana), dentro de una perspectiva temporal que se extiende hasta épocas cercanas a nosotros, sino hasta la actualidad.

Bibliografía
(Ediciones consultadas)

Fray Pedro de Aguado. **Historia de Venezuela**. 2 tomos. Madrid. Publicaciones de la real Academia de la Historia. 1950.

Juan de Castellanos. **Elegías de varones ilustres de Indias**. Caracas. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. 1962.

Fray Pedro Simón. **Noticias históricas de Venezuela**. 2 tomos. Caracas. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. 1963.

Fray Jacinto de Carvajal. **Descubrimiento del río Apure**. Caracas. Ediciones Edime. 1956.

José de Oviedo y Baños. **Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela**. Caracas. Ediciones Homenaje al Cuatricentenario de la Fundación de Caracas. 1967.